



**Sacramento Moreno, 79 años.**

**Beatriz Manzano Trinidad, 19 años.**

## Llagas con sabor a miel

Madrid se asoma tímidamente a través de la ventana del cuarto de Sacri. No quiere interrumpirla.

Los ojos de ella rebuscan en su memoria, recuperando momentos que creía olvidados. Con voz apacible, y en ocasiones indecisa, Sacri intenta transmitirme las sensaciones que afloran en su mente. Las palabras impregnan el aire de la habitación, llenándolo de sentimientos, de recuerdos. Recuerdos empañados de vida que me obligan a apretar con fuerza la mirada para no empañar mi rostro con lágrimas.

Viste una chaqueta rosa fucsia. Es alegre, como ella. El modo de hablar, la viveza de sus gestos, la sonrisa que nunca se esconde entre sus arrugas. Todo en ella me cuenta que es una mujer fuerte, optimista.

En 1934 el cielo de nuestro país se veía nublado por la tensión. Las dos Españas lidiaban por conseguir la victoria en las elecciones. Las huelgas revolucionarias se concebían entre los prados de Asturias. Mientras, entre rayos de disputas y truenos de calamidades, el 31 de Mayo de ese mismo año, Sacramento Moreno entró a formar parte del mundo.

No eran los años más prósperos del siglo XX, tampoco los más felices. La vida rezaba esfuerzo, sudor y cansancio. La metralla de la guerra aún se podía oler entre los resquicios de las paredes. No obstante, el reloj del tiempo seguía corriendo, y no había más remedio que seguir el compás que este marcaba, quizás optando por dejar el pasado a un lado.

Los Moreno, como una humilde familia más de la época, empeñaban todo su afán en sobrevivir a los obstáculos de la posguerra. Con escasos recursos económicos sumados a pequeñas ilusiones que hacían el día a día más llevadero, Sacri aprendió a ver el lado positivo de todo aquello que le sucedía en sus años de infancia y juventud. Cada mañana, las tres hermanas Moreno madrugaban para acompañar a sus padres a una pequeña huertita que poseían entre los campos de Daimiel. El día comenzaba temprano. En torno a las seis de la mañana, su madre se desperezaba para reemprender las actividades cotidianas. Enganchaba a la burra en la noria, llenaba un par de cubos de agua y junto a sus hijas, partía hacia la huerta situada a 7 kilómetros del hogar, dejándose las manos y las caricias de la vida entre los tallos que crecían bajo tierra.

Escardar, cavar cepas con el azadón. Mies y panizo. Palabras que me resultan completamente desconocidas, fluyen en el discurso de Sacri una y otra vez. El calor estival se hacía insoportable durante las horas del mediodía. Y por las noches, cuando se avecinaba la recogida de la aceituna, el frío casi rajaba la tierna piel de las hermanas. Exigentes condiciones para unas niñas que, en lugar de coquetear con la juventud o permanecer en casa estudiando para labrarse un futuro, se contentaban con labrar las hortalizas que pronto asomarían entre la tierra cuidadosamente cultivada.

La escuela se concebía como un edificio viejo y gris, al que sólo unos pocos niños dichosos podían asistir. Sacri dio clases durante dos inviernos. Apenas recuerda lo que



allí le enseñaron. El ir a la escuela no era tan importante como el tener un pedazo de torta que llevarse a la boca al regresar del campo. Al fin y al cabo, dice Sacri, para lo poco que ha ido a la escuela, se "desenreda" bien. Sabe sumar, aunque no restar. Probó suerte como modista. Sacri comenta orgullosa que la profesora la calificó como una buena costurera. Pero una vez más, no pudo ser. Sus proyectos se veían truncados constantemente porque su familia no podía permitirse alimentar a alguien que no luchaba por ganar su propio sustento.

La huerta era la única herramienta de la que disponían para protegerse del hambre. A ella le debían la vida, y por eso no había un solo día en que alguno de los Moreno faltase a la cita que allí les esperaba. Apenas había jornadas en las que su padre descansase. Ni siquiera los domingos, o el día de su primera comunión. Sin embargo, para ella, domingo significaba "día del Señor" y, al igual que todas las muchachas del pueblo, procuraba acudir a misa para escuchar lo que Dios tenía que decirle.

En ocasiones, ni siquiera el mensaje de Dios la libraba del campo. Su padre también tenía un mensaje para ella. Necesitaba su ayuda. El devenir del tiempo se dedicaba a derruir la pared de ladrillos que separaba la huertita de las propiedades ajenas, y dos manos para levantarla de nuevo no eran suficientes.

Sacri detestaba tener que ir a trabajar en domingo. Al finalizar la misa, sabía de buena tinta que sus amigas iban a dar un paseo por la plaza, a charlar, a reír.

No era la primera vez que Sacri se quedaba con las ganas de acompañarlas.

El cine de Daimiel estrenaba de vez en cuando aquellas películas del oeste que tanto gustaban a los espectadores de la época. La propuesta de las amigas no se hacía esperar. La negativa de su madre tampoco. Tres pesetas no suponían demasiado. No obstante Sacri sabía de sobras que no podían desperdiciar el poco dinero que la venta de hortalizas generaba en caprichos así.

Aprendió una vez más a sobreponerse a los desencantos de pertenecer a una familia humilde. Convirtió al sol mañanero en su mejor aliado, al frío en un estado de ánimo y a la pobreza en una anécdota que le había tocado vivir. Día tras día. Segundo, labrando. Sudando, ganando. Y siguió esforzándose con tesón, refugiándose en los pequeños placeres de la vida.

Las odiadas tortas de cebada que su madre preparaba con el cariño de alguien que ofrece lo mejor que tiene, pasaron a ser un excelente producto de trueque. Sus primas, algo más acomodadas que ellas, accedían a intercambiar las tortas por pan, café y leche. Alimentos que Sacri disfrutaba como si de pequeños tesoros se tratase.

Cada azada en la tierra se hacía menos dura cada día. El primer sueldo se veía cercano, y sólo el pensar en el vestido que podría comprar con ese dinero, hacía que el desaliento se transformase en ilusión.

Sentada con la familia en el parador de la huerta, arropada por la luz limpia de la luna y el calorcito de las noches veraniegas, escuchaba la voz emocionada de su padre relatando batallitas de 1936. Poder decir que habían quedado en eso, en batallitas...

El bullicio de las cocinas en los días previos a Semana Santa. Los niños husmeando entre las cacerolas, robando a hurtadillas bocados de los manjares que se cocían a fuego lento: pasta, confites, barquillos, cortadillas...

Las notas de música de la orquesta coloreando la feria de septiembre, las atracciones y el gentío decorando las calles del pueblo, un vestido de "tela viscosa" tejido con el amor de su madre, estrenar zapatos, aunque fuesen de la temporada anterior, y bailar al son de la vida...



## Lo importante de la vida

Detalles pequeños, insignificantes para muchos, pero valiosísimos para Sacri, hicieron las delicias de su juventud. Saberse afortunada, aprender que no todo es ir al cine con las amigas, o saborear un dulce en el bar de la plaza, o estrenar zapatos nuevos para la feria.

Valorar el tener una familia que te quiera, un panecillo caliente en la mesa a la hora de comer, que tu madre te dedique parte de su tiempo cuando ni siquiera tiene un rato libre para ella. Maravillas que hay que saber distinguir, y que muy pocos consiguen descubrir. Su vocecita cálida, el tono alegre que emplea para describir cada evocación de su niñez.

Al estudiar la expresión de su rostro, podría creerse que vivió entre algodones, que su vida fue tan rosa como la que yo vivo hoy. Si bien, la apariencia no tiene nada que ver con la realidad. Si desmigas sus recuerdos, te das cuenta de que pasó los mejores años de la vida sudando entre los trigales.

Sentada en este cuarto con vistas al Madrid más urbano, los campos de Daimiel se le antojan lejanos. El olor a cereales, el sabor de las tortas de cebada, el tacto de sus muñecas de trapo, permanecerán frescos en su memoria.

Aún retiene la primera película que pudo ver en el cine: Sissi, la emperatriz. De todas las cosas que Sacri me ha contado, me quedo con su modo de contarlas. Sacri me ha recordado que la felicidad no se sortea junto con la lotería de Navidad, sino que eres tú quien pintas tu vida de rosa, o de negro si lo prefieres. Ella ha decidido pintarla de rosa. Como su chaqueta. Ha optado por recordar aquella huerta como el mejor regalo que le pudieron hacer sus padres. Y no como un suplicio que le robó el tiempo de divertirse. Sacri ha aprendido a sonreírle a la vida.